

DE LOS ESCRITOS DEL SIERVO DE DIOS LUIS DE TRELLES

“La pluma no puede transmitir el sentimiento que se origina en la contemplación del misterio de la función de María en la encarnación del Verbo de Dios”

MARÍA, MADRE DE LA EUCARISTÍA

“María es la flor de la creación. Jesús es el fruto de la tierra. ¡Qué relaciones! ¡La flor y el fruto! María es la Madre de Dios: el Hijo de Dios es el Hijo de María. ¡Qué conexiones! ¡Qué Padre! ¡Qué Madre! María dio a Jesús su sangre y su carne: la carne y sangre de Jesús es de María. ¡Qué identidad! Jesús Dios y Hombre está en la Hostia santa sustancialmente: María es Madre de Jesús Dios y Hombre y reside en la Eucaristía. ¡Qué maternidad...!

Es mejor meditar que escribir de tan altos, de tan bellos, de tan sublimes, de tan dulces misterios, porque hay en el fondo de todos ellos tanto amor...tanto poder...tanta sabiduría...tanta bondad de parte del Omnipotente, que hizo a María grande, bella, humilde, santa, su Hija, su Madre, su Esposa, que las palabras no aciertan a expresar las ideas, y los sentimientos no pueden transmitirse por la voz y por la pluma.

Porque hay aquí entre Dios y su Madre un comercio de dones y oficios, un cambio recíproco de voluntades, una inefable equiparación de términos, una libertad de elección y de correspondencia espontánea de Dios a María, y de María a Dios. Donó tanto Dios a María, y quiso recibir tanto de ella en la persona de su Hijo Santísimo; la repartió místicamente tal parte en la Pasión y en la Gloria, que sirve a la Pasión de premio; le dio tal parte de la amargura del cáliz y de la dulzura de la beatitud, la asoció de tal suerte a la redención, y hoy a la salvación de la humanidad por su intercesión, que diríamos omnipotente; son en fin tan profundos y consoladores estos misterios, que al adorar a Jesús adoramos algo de su Madre, y el rendir culto, este culto es relativo al Verbo humanado, su Hijo Santísimo.

Así se pierde de vista la Señora, como ella canta en su Magnificat, y se exalta en Dios, su Salvador, como las cumbres de las altas montañas se pierden en las nubes. El Señor la hizo grande como Omnipotente que es, y por eso brilla la santidad de su nombre”.

(L. S. Tomo 10 (1879) Pág. 178-179)